

## UNA NUEVA VISION DE LAWRENCE DE ARABIA

Se dan cosas curiosas en esto de encontrar libros interesantes. Surgen donde menos se espera uno. He estado en Marruecos y allí leí el primer libro de nuestro personaje, el suyo propio, famoso, titulado *Seven Pillars of Wisdom*<sup>1</sup>, traducido al español por no recuerdo qué editorial. He estado en Arabia Saudita y allí tuve ocasión de comprar el muy bueno del capitán Liddell Hart titulado *T. E. Lawrence. In Arabia and after*<sup>2</sup>; pero ha sido en Madrid, no en una librería especializada, sino en un puesto de periódicos en la castiza Cibeles, donde me encontré juntos dos libros que en seguida atrajeron mi interés de estudioso de los asuntos mediorientales: *The israelis. The founders and the sons*, de Amós Elon, y *The Secret Lives of Lawrence of Arabia*, de Phillip Knightley y Colin Simpson<sup>3</sup>, dos periodistas que han viajado por todo el mundo con este fin y que han examinado documentos secretos que hasta ahora el Gobierno inglés no había permitido ver a nadie. Ni que decir tiene que inmediatamente compré ambos libros. En seguida me puse a leer el dedicado a Lawrence, pues en ese momento me encontraba escribiendo el capítulo dedicado al período comprendido entre principios de siglo y el final de la Primera Guerra Mundial de un libro que preparo sobre la crisis de Oriente Medio. Este libro sobre Lawrence es muy interesante para comprender ese período, que a su vez ha sido decisivo en la situación actual, tan difícil y complicada, de esa vital zona.

En palabras de los autores, Lawrence de Arabia, que murió en 1935, es uno de los más fascinantes y al mismo tiempo desconcertantes hombres de nuestra época. Para dos generaciones—de ingleses, por supuesto—ha representado todo lo que es más hermoso en el héroe imperial inglés: un hombre

<sup>1</sup> LAWRENCE, T. E.: *Seven Pillars of Wisdom*, Jonathan Cape, Londres, 1935.

<sup>2</sup> HART LIDDELL, B. H.: *T. E. Lawrence. In Arabia and after*. Jonathan Cape, Londres, 1945.

<sup>3</sup> PHILLIP KNIGHTLEY y COLIN SIMPSON: *The Secret Lives of Lawrence of Arabia*. Thomas Nelson & Son S., Ltd., Londres, 1969.

íntegro, sabio, de mente limpia y valeroso, que se echó la carga de su país en Oriente Medio y condujo a sus fieles árabes a la victoria contra los turcos. Justamente honrado, se movió entre reyes y poetas, generales y ministros de Estado. Después, creyendo que los árabes habían sido traicionados y que su palabra de inglés, empeñada, había sido deshonrada, se retiró de la vida pública y se enterró él mismo en las filas del Ejército y de la Real Fuerza Aérea, viviendo de un modo extraño y muriendo tristemente. Un árabe blanco, príncipe de La Meca y rey sin corona de Damasco.

Es una atractiva leyenda, descrita en más de 30 libros, en por lo menos cuatro idiomas y en una película que supuso un gran éxito en todo el mundo, cuya base los autores del citado libro piensan puede estar en la triste realidad de una generación creada en Flandes, entre barro y mortandad, frente a la excitante y romántica campaña de un Lawrence en el desierto. Con unos valientes beduinos, aureolados por la ingenuidad del primitivo, luchando en una justa guerra de liberación y haciendo frente con camellos y gumías a aviones y ametralladoras, Lawrence, el joven oxfordniano de ojos azules, valeroso, resistente y emocionalmente ligado a ellos y a su modo de vivir, es el que les conduce en la batalla contra sus opresores hasta llevarles a la conquista de la mítica Damasco. Si la guerra no hubiera terminado y los políticos no le hubieran traicionado, con esas tribus habría llegado hasta Constantinopla.

Esta leyenda hace tiempo, podemos decir que desde el mismo momento en que se estaba tejiendo, se sabía por muchos que no era verdad, que los hechos reales no correspondían a lo realmente sucedido. Pero ¿cómo explicar entonces que todo un Churchill, con el conocimiento de las cosas a que su puesto político le hacían tener, dijera de él, llorando en su funeral, que era uno de los hombres más grandes de nuestro tiempo y que nunca verían otro como él? Algo, indudablemente, debía tener dentro, aunque autores que han escrito sobre la historia de Oriente Medio en dicho período apenas le nombren, y si lo nombran, es para desvalorizarle.

En 1968, las revelaciones de una extraña persona que tuvo una íntima relación con Lawrence a partir de 1922; la posibilidad de acceso, poco después, a las cartas que se conservan en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, que son la mayor parte de las que escribió Lawrence, y el permiso de la Oficina de Registro Público de Londres de examinar los informes, telegramas y toda clase de documentos, como instrucciones de ministros y otros,

remitidos por Lawrence al Foreign Office, hasta entonces prohibidos, han permitido conocer los hechos de un modo más real, aunque todavía hay cosas que no se han podido explicar y que hacen que siga la leyenda. Por ejemplo, ese misterioso S. A., a quien Lawrence dedicó su libro *Los siete pilares de la sabiduría*, que dominó su vida en el desierto de un modo más profundo que nadie y que no se ha conseguido saber quién fue. Hay quien dice que es una mujer y hay quien dice que un hombre, asignado éste a su vez a distintos personajes. Pero la más sorprendente de las deducciones hechas por los citados autores tras su examen de las nuevas fuentes es que a Lawrence no le importaron los árabes nada como pueblo, y si les prometió libertad, fue para obligarles a luchar. Exactamente lo mismo que los demás ingleses, acusados por él de haber seguido esa indigna conducta. El creía que el interés de la Gran Bretaña exigía mantener dividido Oriente Medio sin permitir que una nación árabe emergiera como un todo en su conjunto. Si les prometió libertad, fue para obligarles a luchar, sabiendo que la política inglesa nunca les permitiría la independencia, por la que ellos pensaban estaban luchando, y así en una carta a Charlotte Shaw, la esposa del famoso dramaturgo inglés, que tuvo una importante influencia sobre él en la última parte de su vida, decía:

*I had to join the conspiracy... I risked the fraud, on my conviction that arab help was necessary to our cheap and speedy victory in the East, and better we win and break our word than lose. («Tenía que unirme a la conspiración... Me expuse al fraude en la convicción de que la ayuda árabe era necesaria para nuestra barata y rápida victoria en el Este, y que era mejor vencer y romper nuestra palabra que perder.»)*

Señalan también los autores del libro citado otra motivación en la conducta de Lawrence, en su papel de oficial político junto al emir Faisal, encargado de influenciar a éste para conseguir el éxito de la política inglesa. Esa motivación, aparte de su patriotismo y también de su ambición, que se expresaron durante el levantamiento árabe, fue un poderoso odio a los franceses, que parecían a sus ojos más enemigos que los turcos. Más aún, señalan dichos autores: acusa a Lawrence de trabajar tras el fin de la guerra, durante la Conferencia de Paz que se celebró en París, para derribar la posición francesa en Oriente Medio, arreglando con el judaísmo internacional que financiaran a Faisal, y quizá a toda Arabia, al 6 por 100 de

interés, intriga que tuvo su parte en la creación de Israel, lo que no es precisamente hacer lo mejor por los intereses árabes.

Lo primero que aparece en el carácter de Lawrence es la marca de su origen ilegítimo. Su padre, Thomas Chapman, cuando ya había tenido cuatro niñas de su legítima mujer, abandonó a ésta por la institutriz de sus hijas, mucho más joven que su mujer y más sensible a las exigencias amorosas de un hombre que bajo una fachada de puritanismo albergaba un temperamento apasionado. La mujer era puritana por fuera y por dentro, perteneciente a la secta evangélica y con un concepto del pecado que consideraba serlo cualquier forma de goce o entretenimiento. En Dublín, donde vivían, se la conocía como la «Víbora Santa». Al principio el padre se trasladó a un suburbio de Dublín y allí su querida, Sara Maden, tuvo su primer hijo, varón, como todos los que tendría después. En seguida se trasladaron a una ciudad de Gales, Tremadoc, donde Chapman cambió su nombre por el de Lawrence. Allí nació su segundo hijo, también varón, nuestro héroe, Thomas Edward. Trece meses más tarde abandonaron Gales y se fueron a Kircudbright, en Escocia, donde nació el tercer hijo, Williams. Tuvieron varios cambios más, uno de ellos a Francia, y un cuarto hijo, Frank, estableciéndose al final en Oxford. Aquí, desde sus tiempos de escolar, hacia los trece años, comenzaron sus aficiones a la arqueología, que luego se extendieron al estudio de las armaduras y de la arquitectura militar, no sólo en Inglaterra, sino cuando se hizo mayor, con dieciocho años, en Francia. Sus descubrimientos en Oxford los entregó al Museo Ashmoleano, cuyo director, David George Hogarth, tan decisiva importancia iba a tener en su vida y, en especial, en su actuación en Oriente Medio.

En esa parte de su vida, bien por averiguar su origen ilegítimo o por el carácter de su madre, de la que él mismo dijo en una carta a la viuda de Bernard Shaw «de había inspirado terror a la vida familiar», se fue desarrollando en él lo que podemos llamar un carácter raro, que no tiene por qué coincidir con la acusación de homosexual. Y esto se puso bien de manifiesto cuando a los diecisiete años se fugó una noche de su casa en bicicleta, a cuyo uso era muy aficionado, y se alistó como soldado en un regimiento de artillería. Su padre consiguió rescatarlo y en adelante sus estudios se desarrollaron regularmente, abandonando los de Matemáticas, que había iniciado, por los de Historia. Sin embargo, su padre, preocupado ante el difícil período por el que estaba atravesando el joven Thomas Edward, hizo que

una especie de instructor religioso que tenía la familia se interesara por resolver esta situación. Así es como dos profesores de renombre se prestaron a ayudarlo. Uno fue el famoso David Margoliouth, profesor de árabe en el colegio de Oxford, y el otro el citado David George Hogarth, que ya lo conocía por la cerámica medieval que hemos dicho Lawrence había entregado al museo. El mismo Lawrence escribió después de él que «se había convertido en el padre en quien podía confiar que entendería lo que me preocupaba», el que «era como un gran árbol, una parte principal del fondo de mi vida, y hasta que cayó nunca supe cuánto había servido para cuidarme»<sup>4</sup>. Hogarth tenía entonces cuarenta y cinco años y Lawrence diecinueve, y, según Knightley y Simpson, sin Hogarth no habría habido Lawrence de Arabia. Tal fue su influencia en la vida de Lawrence.

Hogarth era un hombre muy notable. De aspecto imponente, con largos brazos y espesa barba, era un intelectual que hablaba seis idiomas además del suyo propio: alemán, francés, italiano, griego, turco y árabe. Como arqueólogo y orientalista su fama era notable en Europa. Había realizado también labor de información política, siendo su opinión en materia de política exterior muy tenida en cuenta por los organismos del Gobierno, especialmente en lo que se refería a Oriente Medio, campo de su especialidad. Era una región que conocía muy bien, no sólo por haberla estudiado en Oxford, sino por haber realizado frecuentes expediciones arqueológicas, principalmente en las zonas de Asia Menor, Chipre y Egipto. También había realizado labor periodística para el *Times*, en Creta, con motivo de la revolución de 1897, y en Tesalia, en la víspera de la guerra greco-turca. Un hombre notable en suma, del que no se ha escrito mucho por haberse destruido los documentos y cartas que dejó. Sin embargo, se sabe lo suficiente para hacerse una clara idea de su personalidad. Sentía un fuerte desprecio por la democracia y tenía un alto sentido del patriotismo, estando seguro de la grandeza de la Gran Bretaña y del mejor camino para mantenerla. Veía al mundo como un gran tablero de juego, con un número de poderosos adversarios luchando por sus intereses y por aumentar sus ganancias. El juego, pensaba él, es continuo, y como las alianzas no son eternas, lo mismo se conducía respecto a los enemigos del momento que respecto a los amigos. Extamente lo que hace un buen servicio de información. En un juego de esta naturaleza, creía Hogarth que los procedimientos de la demo-

<sup>4</sup> *The letters of T. E. Lawrence*, editadas por David Garnett. Jonathan Cape, Londres, 1938, núm. 347.

cracia parlamentaria son inútiles. La nación necesitaba de hombres con conocimientos especiales dedicados a su labor por espíritu, no por paga u honores. Hombres que comprendieran las tendencias históricas y pudieran interpretar la información recibida y con esto formaran una opinión en materia política, que si fuera necesario se impulsaría a través de los canales adecuados. Estos hombres, devotos de la grandeza de su patria, tendrían más relevancia, como es natural, en tiempos de guerra, pero también tendrían un papel que jugar en la paz, ya que aunque al exterior aparecieran como investigadores, arqueólogos, cónsules o comerciantes, secretamente podrían seguir sirviendo a su patria en un modo que el ciudadano ordinario nunca sabría y nunca podría comprender: recogiendo información, observando la marcha de los acontecimientos y las reacciones de la gente, interpretando la información política y militar, arreglando, fijando y manipulando personas y acontecimientos, formulando políticas a seguir, dando forma, en fin, aunque fuera en pequeña escala, a una parte de la historia. Aunque a muchos políticos en ejercicio esto no gustaba, había otros a quienes les parecía bien que un grupo de académicos, principalmente de Oxford, ayudaran a planificar el futuro del Imperio. Es algo parecido a lo que ha pasado en Estados Unidos en tiempos modernos, principalmente a partir de Kennedy, respecto al equipo de intelectuales, principalmente de la Universidad de Harvard, de que se han rodeado él y los presidentes que le han seguido.

Siguiendo con Hogarth, su conocimiento de las provincias árabes del Imperio turco no admitía rival. Durante muchos años antes de la guerra se dedicó a recoger información, principalmente a lo relativo a tendencias políticas, sentimientos nacionales, movimientos clandestinos y jefes potenciales, actividades de agentes franceses, posibles batallas, características de jefes militares, topografía de las zonas importantes y, en fin, toda la información importante para la acción política inglesa permanente y la futura militar, si llegara a ser necesaria. Con vistas a este trabajo preparó a Lawrence meticulosamente, haciéndole estudiar en primer lugar arte militar: Creasy, Henderson, Mahan, Napier, Coxe, y también en lo referente a la construcción de fortalezas y su destrucción: Procopio, Demetrio, Poliorcetes y otros que Lawrence no recuerda cuando escribe esto. Según Liddell Hart, no le satisfacía Clausewitz y por eso se dedicó a estudiar intensamente a Napoleón, Bourcet, Guibert y Saxe, en este orden, aprendiendo en ellos los me-

dios para evitar batallas campales y las tácticas de golpear y escapar. Siendo Saxe la fuente de su idea de que la guerra podía ganarse sin luchar batallas. Pero no sólo estudió los libros, sino que visitó los campos de batalla descritos en los mismos, dibujándolos y fotografiándolos. De este modo visitó Rocroi, Crecy, Agincourt, Sedan, Valmy y todos los escenarios de las batallas de Marlborough, tratando de revivirlas. Objeto de especial interés para él fueron las cruzadas, siendo de esa época una extraña relación con una compañera llamada Vivyan Richards, que llegó a sentir por él un puro amor, y que a un considerable coste emocional manifestó esto a los autores del libro, Knightley y Simpson, cuando éstos le interrogaron. Fue una época de su vida teñida de un aura romántica y caballerescas en la que se identificaba con un caballero cruzado.

Al final de 1908 Lawrence dijo al doctor Lane-Poole, su tutor de estudios, que quería hacer una tesis para su graduación bajo la premisa de que los cruzados habían llevado a Oriente Medio los principios de arquitectura militar, que todos los eruditos habían dicho que los cruzados habían traído de Oriente Medio. Hogarth le apoyó, y cuando Lawrence se embarcó para Oriente Medio, en julio de 1909, se llevó con él, además de unas cartas de lord Curzon, pidiendo salvoconducto a las autoridades locales, una cámara fotográfica con un poderoso teleobjetivo, una pistola con munición y una hoja con instrucciones de Hogarth. Es decir que, dado este bagaje, más que a una misión de estudios científicos parecía ir a una misión de información política y militar.

Es interesante señalar de esa época de estudiante en Oxford, bajo la dirección citada de Hogarth, que bebió en las fuentes de las que se nutría el ideal imperial inglés y cuyo principal medio de difusión era la revista *Round Table* («Mesa Redonda»), haciendo alusión a los celebres caballeros, que todavía se publica. El grupo que encarnaba estos ideales estaba dirigido por lord Milner y su actuación llevaba la idea de un cierto secreto. Para ellos, la influencia inglesa era la principal operante en la civilización del mundo, que sin ella sería irredimible. Lionel Curtis, director de la revista citada y luego amigo íntimo de Lawrence, dijo en cierta ocasión a Toynbee que si Cristo volviera al mundo se encontraría con que sus preceptos donde mejor se seguían era en la Commonwealth británica<sup>5</sup>. Los fines que proponía la *Round Table*, inspirados por Milner, eran federación e imperialismo

<sup>5</sup> J. TOYNBEE, ARNOLD: *Accuaintances*. Oxford University Press, Londres, 1967, p. 144.

y había que conseguir que el imperialismo, que durante largo tiempo sólo había encontrado eco en unos pocos dotados de visión del porvenir lejano, fuera la fe aceptada por toda la nación. Literalmente decía: «En otros veinte años es razonable esperar que todos los británicos, lo mismo en la madre patria que en ultramar, serán imperialistas»<sup>6</sup>.

En todos los sitios donde se elaboraban las decisiones políticas del Imperio había elementos de la *Round Table*, lo mismo junto al primer ministro que en las conferencias de paz al terminar la guerra, y tenían reuniones en sus casas, donde frecuentemente asistían como invitados el primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores y otros ministros de Estado, y en las cuales, como se vio después, se promovían ideas de la *Round Table*. Algunas de ellas fueron absorbidas por Lawrence a través de Hogarth e influyeron en su posterior conducta en Oriente Medio. El mismo escribió más tarde en una carta al Foreign Office: «Ustedes saben la concepción que Lionel Curtis ha hecho del Imperio—una comunidad de pueblos libres—, aceptada por la mayoría. Yo deseaba ampliar esa idea más allá de la forma anglosajona y formar una nueva nación de gente que piensa, aclamando todos nuestra libertad y pidiendo la admisión en nuestro Imperio. No hay otro camino, a mis ojos, para Egipto y la India, y yo tendría que haber hecho más fácil su andadura creando un dominio árabe en el Imperio.»

Todos los dirigentes del grupo se preocupaban en reclutar jóvenes que continuaran sus ideales, y por lo que respecta a Hogarth, los hacía reclutas de lo que Knightley y Simpson llaman en su libro *Hogarth's Political Intelligence Service* (Servicio de Información Política de Hogarth) y que el citado viaje de Lawrence a Oriente Medio, en la forma en que se llevó a cabo, permite comprobar.

Lawrence se había preparado para el viaje recibiendo lecciones de árabe de un sacerdote sirio que vivía en Oxford, amigo y confidente del profesor Margolicuth, y había tenido conversaciones con el famoso explorador de tierra árabe Charles Doughty. También había trabajado en la puesta al día de varios mapas con otro «protegido» de Hogarth, que luego también se haría famoso por sus andanzas en Oriente Medio, H. Pirie Gordon, que ya trabajaba como informador en Oriente Medio. El 6 de julio de 1909 llegó Lawrence a Beirut y su plan incluía viajar a través de todo lo que entonces comprendía la región llamada Siria, es decir, Siria propiamente dicha, Israel,

<sup>6</sup> *Round Table*. Marzo de 1954.

el Líbano y Jordania. De Beirut se fue a pie a Sidón, luego a Banias, Safed, Lago Huleh, Tiberíades, Nazareth, Haifa, Acre, Tiro y otra vez a Sidón. De aquí se fue hacia el Norte, a Trípoli, Latakia, Antioquía, Aleppo, Urfa, Harran, terminando en Damasco. El mismo escribió después en una carta a Hogarth: «El más delicioso viaje..., a pie y solo todo el tiempo; de este modo quizá he vivido como un árabe con los árabes, adquiriendo una visión de su vida ordinaria mejor que la de los que viajan en caravanas, acompañados de guías.» Este viaje, en el que le sucedieron aventuras como la de ser robado y apaleado por un campesino turco, al que denunció para que le devolviera su reloj, hizo que quedara encandilado por la vida de Oriente, en medio de sus duros paisajes y la sensación de eternidad en el desierto. Su tesis «Arquitectura militar de las cruzadas» apareció en *Castillo de los Cruzados* y mereció la calificación de «most excelent».

En 1910 Hogarth volvió a recomendarle para que le dieran una media beca, como recompensa de posgraduación, con destino a unas excavaciones arqueológicas que se llevaban a cabo en Carquemich, importante lugar estratégico, conocido en la historia desde el tiempo de los hititas y famoso por la batalla que ganó el faraón Ramsés. Las excavaciones se llevaban a cabo bajo la supervisión de Hogarth, patrocinadas por el British Museum, y había razones para suponer que, como la mayoría de las expediciones arqueológicas de Hogarth, encubrieran otros motivos, pues siempre se llevaban en lugares de interés estratégico militar. En éstas, el lugar se encontraba cerca de otro donde los alemanes se encontraban tendiendo un puente sobre el Eufrates, parte del famoso ferrocarril estratégico Berlín-Bagdad, y la guerra ya se veía venir, así como sus contendientes, y hasta el posible colapso del Imperio otomano. Si esto había de suceder, era necesario que a Inglaterra la encontrara prevenida y con las líneas que la unían al Imperio de la India bien protegidas. Había que mantener bajo control británico el Canal de Suez y para eso era necesario que a su vez controlara Siria y Arabia.

Frente a este control en exclusiva, soñado por Lawrence, se alzaba Francia, que desde los tiempos de los cruzados se sentía atraída por la posesión de los Lugares Santos y las zonas anejas, Siria y Líbano. Alemania ansiaba Mesopotamia y Rusia todas las zonas fronterizas con ella en la Turquía asiática, y frente a los cuales Inglaterra, para aislar esa expansión de su Imperio de India, alzó luego una serie de Estados-almojadilla, a cuya crea-

ción contribuyeron una legión de agentes británicos disfrazados de agentes consulares, comerciantes, arqueólogos, viajeros y oficiales disimulados, trabajando para el Ejército, la Marina, el departamento de Asuntos Exteriores y las oficinas políticas de la India y Egipto, además del célebre Intelligence Service. Se atraían a los jefes de tribus y jefes religiosos con dinero y promesas y lograron grandes resultados. Uno de esos hombres fue Lawrence, para quien Carquemich fue el lugar donde se iba a iniciar en su trabajo de información. Como su preparación no era todavía completa, Hogarth hizo que se apuntara a la clase de árabe de la escuela de la Misión Americana en Yibail, cerca de Beirut. Esto era a principios de 1910. En febrero llegó Hogarth y juntos se fueron a su destino, pasando antes por Haifa, Monte Carmelo, Nazareth y Deraa, que iba a ser el punto crucial de toda la vida posterior de Lawrence, siguiendo por el ferrocarril de peregrinos que iba desde Turquía a Medina hacia Damasco, Aleppo y Homs, llegando a su destino de Carquemich al final de marzo. Un viaje, como se ve, importantísimo, desde el punto de vista estratégico, en el conjunto de todo el Oriente Medio. Su razón parece ser familiarizar al futuro actor con el terreno en el que se prevé va a actuar.

Su vida en Carquemich fue como la de uno de los árabes y kurdos que allí trabajaban para los ingleses. En seguida, con su conocimiento del idioma y su afición a estar entre ellos, se hizo eso, uno de ellos. Pasaba horas interminables participando en sus conversaciones, discusiones y bromas, y su manejo de aquellos trabajadores fue absoluto. Hubo uno particularmente, apodado «Dahum» (el «Moreno», en plan irónico, pues tenía la piel muy blanca), que hacía transportes con un burro, que se iba a convertir en una figura importante de la vida privada de Lawrence. También hizo una profunda amistad con el capataz de la excavación, Hamudi, y esa amistad con ambos hombres le dio un conocimiento tan grande de lo que era Siria y su vida íntima que sería esencial para su futura acción. Estos le acompañaron en largas excursiones, y en una de éstas Dahum y Lawrence fueron arrestados por los turcos acusándoles de desertores de su ejército. Según contó Lawrence a Liddell Hart, escaparon sobornando a la guardia. También se los llevó a Inglaterra durante el verano de 1913, instalándolos en el *bungalow* que él tenía en el jardín de la casa de sus padres, provocando la curiosidad de la vecindad.

Al volver a Carquemich se reunió con el capitán S. F. Newcombe, junto

con Leonard Wolley, y todos, bajo las instrucciones de Hogarth, para hacer un viaje de exploración por el Sinaí, durante el cual, con la disculpa de investigaciones bíblicas para no despertar las sospechas del Gobierno turco, levantaron mapas y planos de sendas, pozos y otros accidentes de interés estratégico.

En junio de 1914 Lawrence volvió a Londres, junto con Wolley, y tuvieron que redactar un informe para lord Kitchener, entonces cónsul general en Egipto. Cuando estalló la guerra, el 4 de agosto de 1914, sentía que Turquía no entrara en la misma, y en el momento en que dicha nación atacó a Rusia, Hogarth los mandó a todos a la Oficina de Información Militar de El Cairo. Su primer agente fue un joven palestino árabe cristiano llamado Charles Boutagy, huido de su país y reclutado por el Servicio de Información inglés en Sudán, y que, por la facilidad con que viajaba a Haifa a adquirir noticias por medio de su familia, podía muy bien ser agente doble. En esta misión estuvo hasta 1916, en que se le encomendó un servicio importante: establecer contacto con el general Jalil Pachá, jefe de las fuerzas turcas en Mesopotamia, que tenía sitiado a un ejército inglés de 10.000 hombres, al mando del general Townshend, en la zona de Kut. La orden de encargar esta misión a Lawrence vino del propio jefe del Estado Mayor imperial inglés, sir William Robertson, y en ella se le autorizaba a ofrecer hasta un millón de libras al general turco para liberar a la fuerza inglesa. La orden de Robertson encontró la oposición de los generales que tenían a su cargo liberar la fuerza sitiada y también la del mando político de la India, de la que dependía Mesopotamia, por considerar esa orden vergonzosa y que dañaría más al prestigio inglés que la rendición de las fuerzas cercadas. No fue bien recibido Lawrence por los generales ingleses encargados de liberar las fuerzas y le dijeron debía abandonar el cumplimiento de aquella misión, deshonrosa para un soldado. El no sólo ignoró a dichos jefes, sino que informó de ellos de un modo muy despectivo, acusándoles de incompetentes en todo y desconocedores de lo que eran los asuntos árabes y el ejército turco. Esto llegó a oídos de ellos y fue el comienzo de una guerra a muerte que le hicieron todos los responsables del Gobierno de la India. Jalil Pachá rechazó con mofas la proposición, ni por un millón de libras ni por dos, que parece que Lawrence le ofreció por su cuenta. En el entreacto el ejército de Townshend se rindió incondicionalmente y nuevamente Lawrence, saltándose a los generales responsables en

Mesopotamia, arregló las condiciones para el futuro de los rendidos y de las poblaciones que les habían acogido con simpatía. Jalil fue benévolo, pues sólo ahorcó a siete árabes notables, un desertor turco y un contratista judío, en contraste con las matanzas que antes había organizado contra los que se levantaron en Armenia.

Lawrence se dirigió de nuevo a Basra para pulsar el estado de la gente con vistas a un levantamiento árabe que el Gobierno inglés estaba preparando contra los turcos, pero no halló a la gente bien dispuesta y de acuerdo con otro notable agente político inglés, el capitán William Shakespear, que actuó junto al emir Abdel Aziz Ben Saud, aconsejaba apoyar al cherif Husain, de La Meca, en el levantamiento que éste preparaba contra los turcos como descendiente directo del profeta Mahoma, y aquí va a comenzar la parte más representativa de la vida de Lawrence en relación con el mundo árabe y que ha sido la base de su leyenda.

Poco después de llegar a El Cairo de vuelta de su viaje estalla, el 10 de junio de 1916, dicho levantamiento con un disparo que el propio cherif dirigió desde una ventana de su palacio contra los cuarteles turcos. Cinco días antes sus hijos Alí y Faisal habían escapado de Medina con 500 soldados árabes desertores del ejército turco, dejando una carta al comandante de la guarnición en la que le decían que, siguiendo órdenes de su padre, rompían sus relaciones con ellos en defensa de la causa árabe.

La Oficina Política de El Cairo inmediatamente puso a Lawrence como agregado político al servicio del emir Faisal, con una labor análoga a la de nuestros oficiales de Policía Indígena, que creó el coronel Larrea, de inolvidable memoria por su magnífica y humana labor en los primeros tiempos de protectorado, tan poco conocida en España.

Este período, que inicia Lawrence en ese año, es el que nos va a contar después en su famoso libro citado *Los siete pilares de la sabiduría*, en el que se nos presenta como jefe de la guerra de guerrillas que los árabes llevaron a cabo contra los turcos hasta el final de la guerra. La realidad es que su verdadera tarea fue la de controlar la marcha del levantamiento de modo que jugara en favor de Inglaterra. Por esto nada hay que reprocharle, pero sí por la falsedad que exhibió ante los árabes, de la que él mismo se avergonzó posteriormente, ya que puso todo su empeño en convencer a los árabes de que Inglaterra, por encima de todos los pueblos del mundo, tenía en su corazón a los pueblos árabes y que su victoria contra los imperios

centrales, y con ellos la de los turcos, les traería la ansiada y soñada libertad, y él sabía que la política inglesa les traería la decepción del engaño, pues los ingleses no les darían la clase de libertad ni de estado que habían prometido al cherif Husain. ¿Cuáles habían sido estas promesas? El más importante libro que se ha escrito para explicar esta oscura cuestión es el del escritor árabe Georges Antonius, que dedicó gran parte de su vida a esa sola labor, titulado *The Arab Awakening* («El despertar árabe»)<sup>7</sup>. Georges Antonius nos dice —y esto está confirmado por otros tratadistas de esa época— que antes de entrar los turcos en guerra el Gobierno inglés hizo vagas promesas al cherif Husain a través de su cónsul general en Egipto, entonces lord Kitchener. Estas se repitieron por sus sucesores, especialmente por Mac Mahon —en lo que clásicamente se ha denominado «correspondencia Mac Mahon»—, asesorado, como jefe de la Oficina Política, por otro notable personaje de la época, sir Ronald Storrs. A la primera declaración de Mac Mahon, ofreciendo garantías en nombre del Gobierno inglés para el reconocimiento de un Estado independiente en Arabia protegido por la Gran Bretaña, el cherif contesta señalando cuáles deben ser los límites de dicho Estado y algunas condiciones básicas del mismo. Para esto se ha basado en la información que le ha traído su hijo Faisal de un viaje que ha hecho a Constantinopla y Damasco para explicar al Gobierno turco la imposibilidad de sumarse al *yihad* (guerra santa) por la amenaza que tiene de los ingleses y para ver el estado de ánimo y las reivindicaciones de las sociedades secretas árabes, que luchan en la sombra por la independencia. Las fronteras encierran todo el conjunto de países árabes actuales de Oriente Medio, excepto Egipto y Aden. Es decir que al Norte iba desde Mersin y Adana, en la frontera turca, siguiendo luego el paralelo 37, hasta la frontera con Irán, y por el Oeste, desde el golfo de Akaba, continuando por una línea en dirección noroeste hasta el mar Mediterráneo. Las condiciones son: abolir los privilegios excepcionales de que disfrutaban algunos nacionales extranjeros y sus instituciones, la firma de un tratado de alianza entre este futuro Estado y Gran Bretaña para recibir el apoyo de ésta y a cambio darle preferencia económica, y que el jefato del Islam le sea reconocido al cherif Husain.

La respuesta de Mac Mahon, que no deseaba comprometerse respecto a fronteras por saber los planes de Inglaterra y las ambiciones sionistas y francesas que jugaban en los mismos, fue evasiva, pero el cherif Husain

<sup>7</sup> ANTONIUS, GEORGE: *The Arab Awakening*. Hamish Hamilton, Londres, 1938.

insistió y Mac Mahon tuvo que ser más concreto en su segunda carta, aunque tampoco es completamente claro en lo que a fronteras del futuro nuevo Estado se refiera. Elimina toda la banda costera de Siria, situada al oeste de Damasco, Hama y Homs, y la zona de las ciudades de Mersin y Alejandreta. Mantiene reserva sobre los distritos de Bagdad y Basra y señala los tratados firmados con Ibn Saud. Está clara la apetencia francesa sobre Siria y Líbano y la inglesa sobre Irak, pero la que no aparece clara es la sionista sobre Palestina y ello fue causa de la gran amargura y resentimiento árabe. Al oeste de la línea Damasco-Hama-Homs, es exclusivamente la zona de Siria y Líbano la que se encuentra. A esto se negó el cherif Husain también, pero al fin, tras nuevas cartas, aceptó reconsiderar el problema de Siria y Líbano cuando terminara la guerra.

Este es el momento en que Yamal Pachá, que ha fracasado en su campaña contra los ingleses en Egipto, se repliega a Sir'a, y en Damasco ejerce una acción represiva indiscriminada, en la que entran torturas y ejecuciones en la horca de personas muy respetadas por los árabes. Esto es lo que se encuentra Faisal cuando vuelve de Constantinopla, y unido a que los ingleses han prometido al cherif que sustituirán con creces los subsidios que le daba el Gobierno turco y que neutralizarán al ejército turco de guarnición en Hiyas, decidieron a que aquél hiciera el disparo citado como señal del levantamiento. El primer objetivo que señala Lawrence en su calidad de asesor es el corte del ferrocarril de peregrinos que unía la ciudad de Medina con Turquía y que aún puede verse abandonado en Arabia y con sus locomotoras tumbadas al sol. Sin embargo, al comenzar la revuelta, ni pudo apoderarse el cherif de Medina ni cortar el ferrocarril citado. Esto porque, con su perfidia habitual, los ingleses, para hacerle rebajar sus peticiones, no le dieron la ayuda prometida. Pero en cuanto al Servicio de Información inglés adquirió la certeza de que los turcos iban contra La Meca, decididos a acabar con la insurrección, el propio sir Ronald Storrs, secretario para Asuntos Orientales de la Agencia Británica en Egipto y muy considerado por los árabes, se trasladó a Yedda, acompañado de Lawrence, para ver sobre el terreno y en conferencia con el cherif y sus hijos qué se podía hacer. En el libro citado, *Siete pilares de la sabiduría*, se describe esta visita y la impresión que le hizo Faisal, encontrando en él: «El jefe con el fuego necesario y, sin embargo, con razón para dar efecto a nuestra ciencia.» También Abdul-lah, el hijo segundo del cherif le hizo buena impresión

por sus cualidades, pero era más independiente para permitir manejos extraños en la dirección de las tribus, mientras que Faisal, más sofisticado, creyó podría utilizar a Lawrence, lo mismo que Lawrence creyó podría utilizarle a él para dividir el bloque islámico y favorecer el control inglés en Oriente Medio. Al volver a Egipto, Lawrence tropezó con la resistencia del propio alto comisario, sir Reginald Wingate, a que volviera a Yedda como agente político, junto a Faisal; pero en Londres lo impusieron y volvió. Esto fue en noviembre de 1916, y allí iba a permanecer seis años junto a Faisal, viviendo como un árabe, usando sus ropas y dando lugar a la leyenda, puesto que se ha demostrado que no lo hizo por atracción del ambiente del desierto y sus habitantes, como algunos de sus biógrafos se han esforzado en hacer ver. Hay unos informes del propio Lawrence que lo desmienten. El hizo todo por ganarse la confianza de los árabes y poder manejarlos en beneficio de la idea imperial inglesa. Muchos informes demuestran esto, pero veamos sólo una parte de un manual que escribió para uso de oficiales políticos, con instrucciones que estaban muy en boga en esa época en diversas potencias coloniales. Este se titula *Veintisiete artículos*, y lo que tomo del mismo está extraído del citado libro de Knightley y Simpson: «Si vestís ropas árabes cuando estéis con las tribus, adquiriréis su confianza e intimidad a un grado imposible de conseguir en uniforme. Sin embargo, es peligroso y difícil... Tenéis que ser como un actor en un teatro extraño, representando un papel día y noche durante meses, sin descanso...»

Es decir, que lo mismo que las promesas de Mac Mahon a Husa'in iban a ser un engaño, lo mismo lo iba a ser la acción de Lawrence. Ya en ese mismo año ocurrió un suceso que luego ha sido motivo de un gran escándalo entre los árabes: el célebre acuerdo Sykes-Picot, que el citado Georges Antonius califica de «desconsolador, producto de la codicia en su peor aspecto y sobrecogedora pieza de doblez». Como es un documento muy conocido, no me voy a detener mucho en él ni en sus «gestadores», el teniente coronel Mark Sykes, experto inglés en el Imperio otomano, y el diplomático francés Georges Picot, un pro inglés destacado, antiguo encargado de negocios de Beirut. El acuerdo se basaba en una *entente* franco-inglesa, por la que se repartían los despojos del Imperio turco en Oriente Medio, no dejando a los árabes más que unas pocas zonas arenosas, que a su vez se repartirían. Poco más o menos lo que ahora harían los israelíes en una negociación con los árabes directa, si pudiera llevarse a cabo, en lo que

se refiere al Sinaí. Inglaterra se adjudicaba una zona de territorio que comprendía la parte sur de lo que entonces era Siria, es decir, prácticamente Palestina y la mayor parte de Mesopotamia. Francia se quedaba con la mayor parte, a su vez, de Siria, es decir, lo que hoy son Siria y Líbano y el distrito de Mosul en Mesopotamia. En lo que se refiere a Palestina, se le concedía un régimen especial internacional propio, haciendo creer con ello a los sionistas—o quizá de propio intento—que su aspiración de hogar nacional judío se iba a hacer realidad. El acuerdo se mantuvo secreto, como era natural, pues si se hubiera publicado, el levantamiento árabe no hubiera estallado. Cuando Lawrence lo supo, después de una visita que Sykes hizo al alto comisario Mac Mahon y lo dijo a éste, no lo encontró bien por su odio a lo francés, pero no opuso reparos. Sólo cuando los rusos lo descubrieron, tras la toma del poder por los bolcheviques, y los turcos aprovecharon el descubrimiento para intentar atraer a los árabes, dándoselo a conocer, tuvo que actuar. Como tenía acceso a los archivos de Faisal, sin gran dificultad miró en ellos cuando Faisal estaba fuera y se enteró. Faisal dio cuenta a su padre, pero como los ingleses interceptaban sus cartas y telegramas y arreglaban éstos, el cherif contestó tranquilizándole: «Los aliados son demasiado grandes y elevados para tener ninguna confusión en la más pequeña cosa en nuestros acuerdos con ellos.» Sin embargo, envió copia de las cartas a sir Reginald Wingate, que, a su vez, sin saber qué hacer, pidió instrucciones al Foreign Office, el cual dijo se contestara en el sentido de que la política turca trataba de sembrar la desconfianza entre los poderes de la *entente* y los árabes y que el Gobierno de S. M. reafirmaba sus antiguas promesas respecto a la liberación de los pueblos árabes con inquebrantable determinación. Cuando Yamal Pachá dio a Faisal el texto de los acuerdos tal como los bolcheviques los habían publicado, el Foreign Office envió el siguiente documento, que los autores citados califican de pieza maestra de evasión, distorsión, omisión y mentiras, que deniega que el acuerdo Sykes-Picot hubiera existido. Decía Wingate: «He aconsejado a nuestro agente que diga que los bolcheviques encontraron en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Petrogrado, documentos que trataban sobre viejas conversaciones y entendimiento provisional (no tratado formal) entre Francia, Inglaterra y Rusia, al comienzo de la guerra para evitar dificultades entre las potencias en la prosecución de la guerra con Turquía. Yamal... ha omitido las estipulaciones referentes al consentimiento

de la población nativa y salvaguardia de sus intereses y ha ignorado hechos que el subsecuente estallido y éxito del levantamiento árabe y la retirada de Rusia han hecho que se creara una situación totalmente diferente. Puedo añadir que consideramos el acuerdo muerto para cualquier propósito práctico.»

Sin embargo, nada calmó las sospechas del cherif, pues cuando Lawrence le habló en estos términos, el cherif le contó las entrevistas que antes ya había tenido con los propios Sykes y Picot, mandados por Wingate seis meses antes, en las que nada le habían dicho de los acuerdos, sino sólo vagamente de las pretensiones francesas sobre una ocupación temporal del país por razones políticas y estratégicas, simbolizadas en la frase: «Como los ingleses en Irak», pero todo de una manera informal.

No vamos a seguir con la serie de promesas y engaños hechos al pobre cherif Husain, ni las dudas de Faisal por los hechos que iba viendo, ni de la lucha de Hogarth y Lawrence contra Sykes para influenciar al Gobierno en su respectiva línea de acción propugnada, sino que entraremos directamente en la acción de Lawrence en la conducción del levantamiento, para el que había concebido la finalidad de entrar en Damasco con Faisal antes que los aliados y presentar un hecho consumado para el futuro de Siria, estableciendo a Faisal como rey, dentro del dominio del Imperio británico.

La primera batalla que tuvo que ganar para conseguir sus fines fue contra un notable militar francés, el coronel Bremond, de brillante carrera, perfecto conocedor de la lengua árabe y sus costumbres por su estancia de largos años en Marruecos y Argelia, y que fue enviado a Yedda por el Gobierno francés para contrarrestar la excesiva influencia inglesa cerca del cherif y sus hijos. Sus puntos de vista y su manera de enfocar la conducción de la guerra en dicha zona eran opuestos: Guerrilla por parte de Lawrence y fuerzas regulares que encuadraran a los árabes por parte de Bremond. No tuvo el apoyo de su Gobierno, que necesitaba, Bremond, y Lawrence impuso su punto de vista. Inmediatamente pidió dinero, armas, alimentos y algunos oficiales, y pronto se presentó la ocasión de demostrar que su punto de vista estaba acertado con la toma del puerto de Akaba. Se deba a su acción la toma de este importante punto o a la fundamental de Auda ech Chej, jefe de la tribu de los Houeitát como sostienen quienes quieren rebajar la fama de Lawrence, lo cierto es que se realizó con arreglo a los procedimientos señalados por Lawrence. La acción a seguir fue simple:

Iniciar la marcha de cruce del desierto con un núcleo a su mando y al de Auda y sublevar contra los turcos a todas las tribus locales, atacando por retaguardia. La expedición la componían 30 hombres, montados en camello y armados con fusiles, llevando Lawrence en la silla de su camello 40.000 soberanos de oro. Fueron 200 millas de hambre, sed y agotamiento a través de una de las zonas más desérticas del mundo, hasta llegar a Uadi Sirhan, donde Auda consiguió sumar a favor de Faisal a las tribus locales. En ese momento sucede un extraño hecho, que ha sido muy discutido por parecer imposible, sobre todo no habiendo dado fe del mismo nadie. Se trata de que sintiendo Lawrence que allí no tenía nada importante que hacer, salió del campamento y se marchó a recorrer Siria para ordenar las ideas de tipo estratégico que se le habían ocurrido cuando estudió la primera conquista árabe y las cruzadas. En su informe a la Oficina Árabe, el 10 de julio de 1917, decía que había atravesado las líneas enemigas y había llegado a Damasco, entrevistando al personaje árabe encargado de las fuerzas turcas, Ali Radi al Rikabi (era el alcalde). Durante el camino había entrevistado también a jefes de tribus en varias zonas para comprobar su lealtad, llevado a cabo varios reconocimientos, causado daños al ferrocarril del Hiyas en varios puntos y hecho descarrilar un tren. Mucho árabes que le conocieron niegan estos hechos, diciendo alguno que necesitaba haber sido un pájaro para cubrir esas distancias y mucho más haberlo hecho él solo por el desierto. Ni un beduino capacitado y lleno de amigos hubiera sido capaz. Sin embargo, resulta difícil admitir que personas como Wingate y Clayton, responsables de los asuntos de Oriente Medio, le propusieran para la Orden del Baño por un hecho que no supieran había sido cierto. El 19 de junio, reincorporado Lawrence a la expedición, comenzó el ataque a la ruta de Akaba, en Aba al Lisan, punto clave de la misma. Con 500 camellos, yendo Auda y Lawrence a su cabeza y disparando su revólver éste, se lanzaron en una carga contra los turcos, durante la cual Lawrence cayó y quedó inconsciente. La carga terminó con la muerte de 300 turcos y la toma de 160 prisioneros. Cuatro días más tarde se rindió Akaba, lo que significaba para los turcos una amenaza a sus líneas a lo largo de 1.000 kilómetros.

Después de esta acción Lawrence pasa al mando del general Allenby, jefe de las fuerzas que llevan a cabo la ofensiva en Palestina, y con él Faisal y sus beduinos pondrán su acción al servicio del avance de dichas fuerzas. Se ponen a disposición de Lawrence 200.000 libras esterlinas, que

ayudan considerablemente a la popularidad que tiene entre los beduinos, pues la fuerza del dinero proporciona popularidad, prestigio y agradecimiento cuando se reparte.

La primera acción que Allenby pide a Lawrence es la voladura del viaducto sobre el río Yarmuk para cortar la comunicación de las fuerzas turcas, procedentes del Norte, con el frente de Palestina. El *raid* llevado a cabo por una pequeña expedición al mando de Lawrence fracasa porque, al ir a poner los explosivos, un centinela turco se da cuenta. Se achaca el fracaso a una traición de un argelino, Abdel Kader, que había llevado Lawrence consigo a pesar de la advertencia de Bremond de que era un agente turco. Después de esto viene un hecho capital en la vida de Lawrence. Tras el fracaso, decide hacer un reconocimiento de Deraa, ciudad clave en las comunicaciones turcas, que él consideraba como el mejor sitio para el corte de las mismas. En ella entra vestido con ropas andrajosas y acompañado de un beduino. En el libro citado *Siete pilares de la sabiduría* hay una amplia descripción de toda esta extraña aventura, de la que Knightley y Simpson reproducen, tal como aparece en las galeradas del *Oxford Times*, distinta de la que el periódico publicó en realidad en 1927 y en la que Lawrence omitió algunos pasajes y modificó otros. El que desee leerla en su totalidad puede hacerlo en el libro que comentamos, pues es muy larga para un artículo de este tipo. En resumen, lo que sucedió es que mientras husmeaban por los alrededores de la estación de ferrocarril y el aeródromo, en medio de un tiempo lluvioso y un terreno embarrado, fueron sorprendidos por un suboficial turco, que cogió rudamente a Lawrence por el brazo y le dijo: «El bey desea verte.» Como había mucha gente viéndoles, no se atrevió a luchar para escapar, pero sí lo hizo su compañero disimuladamente. Antes de pasarle a presencia del bey fue interrogado por «un gordo oficial turco, sentado con una pierna encogida bajo su cuerpo», que, al decirle era circasiano, le acusó de desertor y lo encerró en el cuerpo de guardia, donde una docena de hombres, con sucios y descuidados uniformes yacían tendidos en camas. Le dejaron lavarse, le dieron de comer de su propia comida y no le molestaron para nada, esperando que el bey ordenara lo llevaran a su presencia. Trataron de animarle y le dijeron que al día siguiente, probablemente, le permitirían marchar si esa noche satisfacía el placer del bey. Al oscurecer—sigue contando Lawrence en su libro—llegaron tres hombres y le llevaron al dormitorio del bey. Allí había un «hombre voluminoso,

quizá un circasiano, sentado en su cama y vestido con un camisón, temblando y sudando como si tuviera fiebre». Este, después de decirle que se sentara en el suelo frente a él y examinarle detenidamente, le dijo luego que se levantara y se volviera. Obedeció Lawrence y rápidamente el bey se arrojó a la cama, agarrándole y arrastrándole con él entre sus brazos. Lawrence se resistió y se puso de pie de nuevo. El bey entonces comenzó a acariciarle y a decirle qué blanco y limpio era, qué manos y pies más finos tenía, y como suspiraba por él, le prometió que le eximiría de instrucción y servicio, que le haría su ordenanza y le pagaría si le amaba. Al seguir resistiéndose, el bey cambió de tono y secamente le ordenó que se quitara los calzoncillos. Como Lawrence dudaba, nuevamente le agarró, y al rechazarle Lawrence, chasqueó los dedos, llamando al centinela, que rápidamente asió al prisionero y por orden del bey le desgarró los vestidos hasta dejarle completamente desnudo. De nuevo comenzó a acariciarle, aguantando Lawrence hasta que el bey se puso muy bestia, y entonces le dio un rodillazo que hizo daño a aquél. Vinieron dos soldados más, le sujetaron y el bey le dio con una zapatilla en la cara; luego le mordió en el cuello hasta hacerle sangrar y seguidamente comenzó a besarle. Luego cogió una bayoneta de uno de sus hombres y se entretuvo en clavársela entre las costillas, girándola después, y haciéndole sangrar, y al final, como seguía resistiéndose a su capricho, lo entregó a los hombres de su guardia para que le ablandaran. Estos le azotaron con un látigo, le dieron patadas y, en fin, le dejaron casi muerto. Ocupa un largo espacio esta descripción de la tortura, y en ella dice que en un momento llegó a sentir un calor delicioso, probablemente sexual, que crecía a través suyo. Casi a punto de quedar inconsciente se sintió arrastrado por dos hombres, tirando cada uno de una pierna, como si le fueran a partir por la mitad, mientras un tercero montaba sobre él como si fuera un caballo.

No hay más mención en esta descripción que diga claramente que fue asaltado sexualmente, pues cuando lo llevaron a presencia del bey, después del castigo, lo vio en tan pobres condiciones, que ordenó lo curaran y lo soltaran. Sin embargo, en otras ocasiones, entre ellas una en que habló con el coronel Meinertzunagen, durante la conferencia de la paz, dijo a éste que le habían sujetado, desnudado y luego hecho objeto de una agresión sexual, primero por el bey y luego por sus ordenanzas. Lo mismo da a entender en una carta a la viuda del dramaturgo Bernard Shaw, que en

los últimos años de su vida fue como una especie de madre espiritual para él y cuyo pasaje citan Knightley y Simpson: «... Por miedo a sufrir daño o, más bien, para ganar cinco minutos de respiro de un dolor que me volvía loco, entregué la única posesión que traemos al mundo—nuestra integridad corporal.»

Sus biógrafos europeos casi todos consideran el relato razonablemente digno de crédito, menos Nutting<sup>8</sup>, que nada dice, y los árabes, y principalmente los familiares del bey que aún viven, lo niegan y lo consideran totalmente fantástico. Lo que sí parece cierto es que el bey conocía la identidad de Lawrence, probablemente porque éste había sido traicionado por Abdel Kader. ¿Por qué entonces lo dejó marchar? ¿Por miedo a no haber dado cuenta a sus superiores? Todo es muy misterioso, y dada la fantasía de Lawrence, derivada de su extraña personalidad, lo mismo puede ser una verdad adornada que una absoluta fantasía.

En enero de 1918 tuvo lugar la batalla que sus biógrafos consideran el punto más alto de su actuación. Fue la batalla de Tafila, en la que unos pocos árabes, ayudados por los campesinos del pueblo citado, y siguiendo las directrices tácticas de Lawrence, rechazaron el ataque de tres batallones turcos, un escuadrón de caballería y una sección de artillería. Por esta acción se le dio la orden de servicios distinguidos. Para esta fecha la guerra ya está decidida, y el general Allenby se dispone a dar el golpe final a los turcos que le abra las puertas de Damasco. Esta entrada va a dar lugar a notables intrigas y a notables «bailes en la cuerda floja» de las autoridades y agentes ingleses cerca de los árabes para intentar explicarles que apenas van a tener derecho a nada, así como una carrera contra el reloj para ver quién llega antes y se hace con el gobierno de Damasco: Lawrence con el emir Faisal, los hermanos Abdel Kader y Mohammed Said, agentes turcos primero y franceses encubiertos y el general Chauvel, jefe del cuerpo de caballería australiano, encargado por Allenby de hacer que el uali turco retenga el poder bajo su control y poniendo a sus órdenes como oficial de enlace a... Lawrence, que tiene sus propios planes secretos, que no coinciden con los del general.

Allenby, en septiembre de 1917, cerca a los ejércitos turcos séptimo y octavo, mientras que el segundo, que ocupa las zonas abruptas tras el

<sup>8</sup> NUTTING, ANTHONY: *Lawrence of Arabia. The man and the motive*. Hollis and Carter, Londres, 1961.

Jordán, es obligado a huir hacia Damasco por un levantamiento general de los árabes. A Faisal con sus tropas se le pone en una posición al este del Jordán, a las órdenes del general Barrow, que está en reserva, y, por lo tanto, para no entrar en Damasco con las primeras tropas. Sin embargo, Lawrence se las arregla para marcharse en la madrugada del día 1 sin que nadie lo advierta y se mete en Damasco. El general Chauvel, al visitar a Barrow por la mañana, ve que Lawrence no está y que se ha ido sin sus instrucciones. Se va rápidamente él también a Damasco y encuentra a Lawrence rodeado de una multitud de árabes entusiastas en la entrada del edificio del gobierno. Lawrence le presenta a uno de ellos, Chukri Pachá, como el gobernador de Damasco. Al preguntarle por el uali turco que quería hablar con él, le dijo que el uali había huido el día anterior y que Chukri había sido elegido por los propios ciudadanos de Damasco. Aceptó Chauvel ante el hecho consumado, pero entonces se encontraron con otra cosa, y es que las fuerzas árabes del emir Faisal habían entrado esa misma madrugada en la ciudad al mando del cherif Nasir y de Mohammed Said, y éste, al rehusar el cherif hacerse con el gobierno, se hizo cargo de él. Ese día, 1 de octubre, había una gran confusión, pues todos querían hacerse con el gobierno, y Chauvel no quería ni que los árabes del Hiyas se hicieran con el control para no dar por admitido que Husain ya era rey de Siria, ni tampoco actuar contra ellos por la violencia. Lawrence pretendía que éstos se aseguraran para que los franceses se encontraran con el hecho consumado y no se atrevieran a apropiarse de la ciudad. El día 3 llegó Allenby y dijo que había habido complicaciones con los franceses y que se le presentara Faisal inmediatamente. Era la una de la tarde y se le dijo que para las tres estaba prevista la entrada triunfal del emir. Su contestación fue que se le enviara un *Rolls Royce*, y si había que aplazar la entrada, se aplazara. El *Rolls* se envió, pero el emir no vino en él, pues adelantó una entrada triunfal en tono menor, ya que la prevista en un tren especial con aglomeración de multitud a las tres no iba a poder celebrarse. Se presentó con 50 beduinos, todos a caballo, atravesando las calles de Damasco, saludándole los curiosos que a aquella hora se encontraban en la calle. La entrevista fue como una puñalada para Faisal y sus seguidores. Es como a un niño al que inesperadamente se le priva de algo ansiado, y su escueta descripción por el general Chauvel deja, mejor que la de Lawrence en su libro o la de Allenby en sus informes, comprender la tristeza y la decepción que sentiría el emir y el modo como Allenby descarga sobre Lawrence algo de

la culpa que él sentía, al tener que expresar la traición de las promesas inglesas a un ser ingenuo y dulce como era el emir Faisal. A la conferencia asistieron: el general Allenby, comandante en jefe; su jefe de Estado Mayor, general Bols; el general Chauvel, el jefe de Estado Mayor de éste, general Godwin; el emir Faisal, su jefe de Estado Mayor, general Nuri Bey Said —que luego se haría tristemente famoso por su muerte trágica en Bagdad, junto al rey Feisal y al emir Abdulil-lah, durante la revolución de 1958, dirigida por el general Abdul Karim Kassem—; el cherif Naser, segundo comandante de las fuerzas del Hiyás; los tenientes coroneles Joyce y Lawrence y el capitán Young, todos de la Oficina Arabe de El Cairo. Lawrence actuaba como intérprete además.

El general Allenby habló a Feisal en su calidad de comandante en jefe y lo hizo de un modo muy directo, sin evasivas. Le dijo que Francia sería la potencia protectora en Siria y que él, representando a su padre, el rey Husain, tendría la administración de Siria, excepto Palestina y la provincia de Líbano, bajo la dirección francesa y con su apoyo financiero. La esfera árabe sólo comprendería el *hinterland* de Siria, considerándose como provincia de Líbano a la zona comprendida entre la frontera norte de Palestina (en las proximidades de Tiro) hasta la cabecera del golfo de Alejandreta. A su servicio tendría un oficial de enlace francés, que en el momento presente trabajaría con Lawrence, del que se esperaba recibiera ayuda.

Tanto Faisal como Lawrence se negaron a aceptar un oficial de enlace francés a su lado, y el primero, ninguna ayuda ni protección de Francia. Faisal dijo que nada sabía de que Francia entraría en este asunto y que él sólo había sabido del asesor que Allenby le había enviado que toda Siria sería para los árabes. Al preguntar Allenby a Lawrence si no le había dicho nada a Faisal de que los franceses tendrían el protectorado de Siria, Lawrence dijo que él no sabía nada. Después de una breve discusión, Allenby dijo que él era el comandante en jefe y que Faisal, en aquel momento, era un teniente general a sus órdenes y que debía obedecer éstas y aceptar la situación hasta que la cuestión en su totalidad fuera regulada después de la guerra. Faisal aceptó y se marchó. Lawrence pidió volverse a Inglaterra y se fue. Allí comenzó a intrigar, ayudado por sus poderosos aliados, como Hogarth, Curzon y otros, pero no exhausto por la lucha y desengañado por la traición a sus queridos árabes. El sabía que en Londres se decidiría el porvenir de la región y allí quería él estar para influir lo que pudiera.

Mientras Lawrence iba a Londres, Chukri Bacha, a quien aquél había hecho gobernador de Damasco, se fue a Beirut e izó la bandera del rey Husain sobre el edificio del gobierno. Allenby ordenó quitarla y los árabes amenazaron rebelarse. Esto obligó a que los Gobiernos inglés y francés, apremiados por Clayton y Allenby, hicieran una declaración pública, en la que, hablando de la liberación del yugo turco en términos floridos, se les prometía autodeterminación, con gobiernos elegidos por sus pueblos, que serían asistidos por Inglaterra y Francia y reconocidos por ellas tan pronto se establecieran. Con esta declaración, que nunca se iba a cumplir y que los ingleses querían utilizar principalmente para zafarse del acuerdo Sykes-Picot, los árabes se calmaron; pero en seguida se iban a encontrar con los efectos de otra declaración, hecha un año antes: la célebre Declaración Balfour, publicada en noviembre de 1917, por la que se prometía un Hogar Nacional a los judíos en Palestina y de la que no voy a hablar por ser suficientemente conocida. Sólo quiero referirme a ella en relación con Lawrence.

Se ha dicho mucho por diversos ingleses ilustres y responsables de la política de su país en aquellos años—incluso por el mismo MacMahon<sup>9</sup>—que Inglaterra nunca hizo promesa formal de conceder Palestina al rey Husain. Sin embargo, documentos, permitido su estudio sólo recientemente por el Gobierno inglés, demuestran lo contrario, según se ve en el libro de Knightley y Simpson. Citan dos documentos, hasta la fecha no invalidados. El primero es un informe preparado por la Oficina Árabe, fechado en noviembre de 1916 y en el que se resume lo que se acordó y lo que no se acordó entre MacMahon y el cherif Husain. En él puede leerse: «Lo que se ha acordado, por consiguiente, en nombre de Gran Bretaña es: reconocer la independencia de aquellas partes de la zona en que se habla árabe, en la cual somos libres de actuar sin detrimento de los intereses de Francia. Sujeta a estas reservas no definidas se supone que la zona dicha está limitada: al Norte, por, aproximadamente, el paralelo de latitud 37°; al Este, por la frontera persa; al Sur, por el golfo Pérsico y el océano Indico; al Oeste, por el mar Rojo y el Mediterráneo hasta aproximadamente el paralelo de latitud 33° y luego por una línea indefinida trazada por el interior al oeste de Damasco, Homs, Hama y Aleppo. Todo lo que está situado

<sup>9</sup> Carta al *Times* de 17 de abril de 1964.

entre esta línea y el Mediterráneo será en todo caso reesrvado de un modo absoluto para un futuro acuerdo con Francia y los árabes.»

Indudablemente que en la zona dicha entra Palestina como parte de la tierra prometida a los árabes.

El segundo documento es un informe verbal de una reunión del Comité Oriental del Gabinete de Guerra, celebrada en Londres el 27 de noviembre de 1918. Lo presidía lord Curzon, y en dicha reunión, como muy bien señalan Knightley y Simpson, no se trataba de un punto de vista particular, sino de la actitud oficial. Comenzaba el informe: «La posición sobre Palestina es ésta. Si hacemos caso a nuestros compromisos, el primero es la promesa general a Husain en octubre de 1915, según la cual Palestina estaba incluida en las zonas a las que Gran Bretaña misma prometió serían árabes e independientes en el futuro.» Esta afirmación es bien concluyente.

Inmediatamente de publicarse la Declaración Balfour, todos los esfuerzos ingleses se dirigieron a disipar las sospechas de los árabes con respecto a las aspiraciones judías, y Lawrence puso un gran empeño en convencer a Faisal principalmente, haciéndole ver que con la ayuda financiera judía podía conseguir sus fines y evitar que los franceses se quedaran con la tierra prometida a los árabes.

El 29 de octubre de 1918, a los pocos días de haber llegado a Londres y tras haberse detenido en Roma para conferenciar con Georges Picot, diciéndole éste que, le gustara a Faisal o no, Francia se disponía a gobernar en Siria, habló ante el Comité Oriental del Gabinete de Guerra.

La intervención de Lawrence fue para decir que Faisal creía que el acuerdo Sykes-Picot estaba superado y que lo que él proponía era dejar a los franceses solamente el Líbano y dar a los hijos del rey Husain el resto del territorio como reinos: A Abdul-lah, la Baja Mesopotamia, en Bagdad; a Zaid, la Alta Mesopotamia, y a Faisal, Siria. Que Faisal no deseaba otro asesoramiento que el inglés, y también estaba dispuesto a recibir la ayuda de los judíos sionistas, ingleses y americanos. Esto encontró la oposición de la mayoría de los miembros del Comité, particularmente los ligados al Gobierno de la India, por haber otros intereses, como los de Abel Aziz ben Saud, y por la oposición violenta francesa que encontrarían. En resumen, se dejaron las soluciones para la Conferencia de la Paz, próxima a celebrarse en París, y entonces Lawrence puso un telegrama al rey Husain a través de Wingate, diciendo que sería conveniente que su hijo Faisal le represen-

tara en la misma. El 26 de noviembre Faisal llegó a Marsella, donde tuvo una fría y calculada acogida por los franceses, a cargo del coronel Bremond, sin concedérsele rango diplomático, y en cuanto a Lawrence, que también esperaba al emir, la recepción fue de tal frialdad, que se volvió a Londres y dejó a Faisal solo durante su estancia en Francia. Nada resultó de ésta, y el 7 de diciembre Bremond lo entregó a Lawrence de nuevo en Calais para visitar Inglaterra. Aquí lo más saliente fue su entrevista con Chaim Weizman, el dirigente sionista, para delimitar un *modus vivendi* entre árabes y judíos en Palestina. Ya se conocían de una entrevista anterior en Jerusalén, cuando los ingleses se apoderaron de esta ciudad, y luego en Akaba, en donde Weizman le dijo que si quería un reino próspero, debía aceptar la ayuda sionista en dinero y poder mundial, sin que ellos fueran un peligro para los árabes, pues nunca serían una gran potencia. Faisal, que necesitaba dinero desesperadamente, aceptó reunirse. A las reuniones no asistió ningún ayudante de Faisal, y éste resaltó que el acuerdo Sykes-Picot perjudicaba a árabes y judíos y que el Gobierno árabe establecido en Damasco no tenía ni dinero, ni hombres, ni municiones para su ejército. Su esperanza era que América destruyera el proyecto. En las discusiones se mostraron de acuerdo en que Inglaterra debía tener el mandato de Palestina; los judíos, derecho a entrar en el país y tener voz en sus asuntos. Hasta cinco millones de personas, dijo Weizman, y más allá de Palestina si preciso fuera, y a cambio Faisal tendría dinero, asesoramiento financiero y cerebros judíos para ayudar a revivificar su país. Faisal dijo que había sitio para todos. A la hora de firmar el documento surgieron dificultades, porque Weizman quería que se incluyeran las frases de «Estado judío» y «Gobierno judío», mientras que Faisal decía que había que poner «Palestina» y «Gobierno palestino». El doctor Weizman dijo que no habría Estado judío en detrimento de los habitantes árabes, y Faisal ordenó poner una nota de reserva en árabe al pie del acuerdo, que Lawrence tradujo: «Si los árabes se establecen, como he pedido en mi manifiesto de 4 de enero, cumpliré lo que se ha escrito en este acuerdo. Si se hacen cambios, no me consideraré ligado a este acuerdo, que será nulo y sin validez.» George Antonius tradujo después: «Supuesto que los árabes obtengan su independencia, como se ha puesto en mi memorándum...», lo que es más razonable.

La consecuencia a la que se llega es que Lawrence quiso engañar a ambos. A Weizman, despistándole respecto a la fuerza de la reserva de

Faisal, y a Faisal, no informándole del verdadero alcance de las aspiraciones sionistas. Esto lo hizo probablemente en su afán de que Inglaterra llevara un acuerdo a la Conferencia de la Paz. Asimismo tampoco apareció en el documento la ayuda financiera sionista.

A la Conferencia de la Paz en París el 18 de enero de 1919 Lawrence asistió como miembro de la delegación británica, y a Faisal no se le concedió representación oficial de los árabes, viéndose obligado a confiar en Lawrence. Hay que conocer a un árabe y más aún de aquel tiempo para imaginárselo en un medio tan extraño al suyo y viendo las apetencias de todo el mundo en torno a su tierra. Qué sensación de soledad tuvo que sentir el pobre emir y qué sensación de impotencia viendo las presiones tremendas de Francia y cómo Inglaterra iba cediendo insensiblemente para recuperar el Norte de Irak, rico en petróleo, que había cedido en el acuerdo Sykes-Picot, a cambio de Siria. Un rayo de esperanza fue la creación de la Comisión que iba a estudiar sobre el terreno el problema. Por parte inglesa iban a ir Mac Mahon y Hogarth; por parte americana, el doctor Henry C. King y Charles R. Crane; pero por parte francesa no se nombró a nadie, y los ingleses, desilusionados, tampoco fueron. Faisal, al ver pospuesta una petición de examinarse sus demandas, se volvió a Siria a esperar a la Comisión, en la cual había puesto gran fe. Sólo fueron los dos norteamericanos, que recomendaron en su informe mandatos a corto plazo para Siria, a cargo de los Estados Unidos, Irak y Gran Bretaña, y abandonar la idea de una comunidad nacional judía en Palestina. Nadie hizo caso de este informe. Los judíos presionaron fuerte para que Palestina cayera bajo mandato británico a cambio de la ayuda de Inglaterra al establecimiento de su Hogar Nacional, y Lawrence, ante su impotencia para evitar que los franceses se hicieran con Siria y Líbano, se fue a El Cairo a recoger sus documentos, que necesitaba para la redacción de su libro *Los siete pilares de la sabiduría*, que ya había comenzado. Al volver a Londres ya estaba decidido este plan, que dejaba en manos inglesas la zona petrolífera, y a Lawrence no se le dejó actuar. Descorazonado y deprimido, viendo cómo su trabajo de cuatro años se había convertido en nada, se retiró a Oxford, después de que los franceses se apoderaran por la fuerza de Damasco y expulsaran a Faisal del país, disfrazando la expulsión de «amable invitación» a que saliera del país. Según sir Ronald Storrs, se condujo con dignidad y con la clásica noble

resignación islámica. Según la escritora Elizabeth Monroe<sup>10</sup>, este acto fue «una mancha negra en los anales del apoyo británico a los árabes». Para Lawrence supuso una sensación de derrota y desesperación, que, curiosamente, coincidió con una exaltación de su figura, a cargo del periodista americano Lowell Thomas, creador del mito «Lawrence» como príncipe de La Meca y conquistador de Damasco al frente de sus valientes beduinos en el desierto, por medio de artículos y conferencias que acompañaba de proyección de vistas transparentes y películas y que pronunció por todo el Imperio, provocando la expectación y el entusiasmo y ganando de paso un millón de dólares con las mismas.

En esa época tiene una entrevista con el rey Jorge V, que termina de muy mala manera, pronunciando Lawrence violentas palabras y rechazando las condecoraciones que le habían sido concedidas, por la traición a los árabes y no haber cumplido sus promesas que el Foreign Office le mandó hiciera.

Todavía va a tener Lawrence una intervención en el destino de Faisal, antes de que se vea sumergido en las filas de la RAF como simple soldado, extraña decisión que tomará para olvidar todo lo relacionado con los árabes. En 1921, Churchill, encargado de la Oficina Colonial, le convenció para que se uniera a ésta como asesor de asuntos árabes en el nuevo Departamento para Oriente Medio y en unión de otros arreglar de una vez los asuntos en dicha región que mostraba un aspecto muy alarmante. Sus planes se anunciaron en la Conferencia de El Cairo, celebrada en marzo de 1921, aunque las decisiones ya se llevaban preparadas desde Londres. Una, ofrecer el trono de Irak a Faisal, para lo cual ya se había convencido a éste antes, durante una visita que hizo como enviado de su padre. Para evitar problemas se raptó a su principal opositor en Bagdad y se le mandó a Ceilán «de vacaciones». Otro asunto del que se trató en la Conferencia de El Cairo fue la situación en Palestina. En este momento había sucedido un hecho: Abdul-lah había declarado en Amman que se proponía liberar Siria y restaurar la jefatura política de Faisal. Los franceses presionaron para que se apartara a Abdul-lah y entonces se le ofreció la jefatura de Transjordania, que, según dijo Lawrence, actuando otra vez como eminencia gris, podría ser una válvula de seguridad para hacer frente al antisionismo. Se dispuso un encuentro con Abdul-lah, en Jerusalem, y Lawrence lo entrevistó

<sup>10</sup> MONROE, ELIZABETH: *Britain's Moment in the Middle East, 1914-1956*. Chatto and Windus, Londres, 1963.

un día antes para prepararle acerca de las proposiciones de Churchill—trono de Irak a su hermano, subsidio a su padre, contención de Ibn Saud y un gobierno estable en Transjordania con él a su frente. Con esta preparación, en las reuniones de Jerusalem, en las que tomaron parte, con ellos dos, Churchill y sir Herbert Samuel, alto comisario para Palestina, se le convenció fácilmente, llegando hasta la promesa que se deseaba de él de combatir las actividades francesas y las antisionistas. Conseguido esto se encargó a Lawrence la tarea de que convenciera al cherif Husain que firmara un tratado en el que diera su asentimiento a todo lo que los aliados habían acordado hasta aquel momento en Oriente Medio. Husain se negó en redondo a abandonar Palestina y ni promesas de dinero ni halagos le sacaron de su obstinación, obligando al Foreign Office a ordenar a Lawrence que se fuera a Transjordania a dejar todo arreglado y en buen orden, siguiendo la Oficina Colonial otras tácticas para convencer a Husain, que también fracasaron. La toma de La Meca por Ibn Saud en 1924 acabó con todo y obligó al cherif a refugiarse primero en Akaba y luego, ante la protesta de Ibn Saud, en Chipre, renunciando a su hipotético trono.

Lawrence dejó todo en orden y entregó su puesto en Amman a St. Philby. Vuelto a Londres, abandonó la Oficina Colonial definitivamente, según dicen sus biógrafos, en un estado emocional profundamente perturbado. Trató de buscar un desahogo a este estado escribiendo su libro *Los siete pilares de la sabiduría*, pero desde el momento mismo de iniciar su escritura tuvo que hacer frente al dilema de mostrar al mundo la verdad de la conducta inglesa respecto a los árabes y el, a sus ojos, deshonesto papel desempeñado por él mismo, al ser actor directo y principal en el engaño. Lo dijo, ciertamente. Justificó su acción diciendo que puesto que la ayuda árabe era necesaria para ganar la guerra, «mejor que venciéramos y faltáramos a nuestra palabra que perder». Esto se puso en el primer capítulo del libro citado, pero sólo apareció en las pruebas porque Bernard Shaw le aconsejó suprimirlo. Hasta 1939, por «razones políticas», no se publicó, apareciendo entonces en *Oriental Assambly*<sup>11</sup> y luego en 1940 en la edición del libro que se hizo aquel año.

Aquí debía terminar este trabajo pues, por la índole de la revista, lo interesante era resaltar la acción de la política inglesa en relación con los árabes en general y con la familia del cherif Husain en particular, utilizada

<sup>11</sup> LAWRENCE, T. E.: *Oriental Assambly*, editado por A. W. Lawrence. Williams and Nargate, Londres, 1939.

para sus fines políticos. El papel de un personaje tan famoso como Lawrence ha sido el pretexto, pero la especial psicología del personaje merece que hagamos un breve resumen de su vida hasta su trágico fin el 19 de mayo de 1935.

Sostienen Knightley y Simpson que Lawrence nunca se recobró de la muerte del enigmático personaje a quien, al principio hemos dicho, dedicó un poema en *Los siete pilares de la sabiduría*, bajo las iniciales S. A. Ellos llegan a la conclusión de que era una especie de ordenanza que al tiempo le servía de informador, llamado Salim Ahmed y que no es otro que «Dahum», del que ya hemos hablado, que le acompañó a Inglaterra en unas vacaciones. El poema muestra su pesar por su muerte y su amor por él. Este recuerdo melancólico, las dificultades de la vida civil en Inglaterra, lejos del romanticismo del desierto y la excitación de la guerra y la falta de dinero, hicieron que se refugiara en las filas de la RAF, en calidad de simple soldado bajo el nombre de John Hume Ross. Allí buscaba una mínima seguridad a su vida y paz para en los ratos libres escribir su libro. Para lograr su empeño tuvo que vencer la resistencia de sir Hugh Trenchard, jefe del Estado Mayor del Aire y gran amigo suyo, e intervenir el propio Churchill, pues se temía la conducta de un personaje tan importante ante superiores suyos de menos relieve y otras implicaciones. Durante su estancia en la RAF desarrolló una relación de clara tendencia anormal, desde un principio, con un joven escocés de diecinueve años llamado John Bruce, y el cual no ha dado a conocer la naturaleza de estas relaciones hasta fecha reciente, al encontrarse viejo y sin dinero, y haber muerto la madre de Lawrence. Ofreció la historia de las mismas al *Sunday Times*, publicándola este diario en 1968. En resumen, y sin entrar en el detalle de que la vida de Lawrence a partir de su abandono de la Oficina Colonial, aquélla se fracciona en cuatro partes: Un período de estancia en la RAF, otro en el Cuerpo de Carros de Combate, otro nuevo en la RAF, y el último, de retiro, que sólo dura desde el 26 de febrero de 1935 hasta el día de su muerte, el 19 de mayo del mismo año.

Al principio del año 1922 entra Lawrence en la RAF; poco antes había conocido a Bruce por casualidad en casa de un tal M. Murray, donde Bruce fue, encontrándose allí Lawrence de visita, para que le ayudara a buscar un trabajo. Dice Bruce que notó que había despertado el interés de Lawrence y que unos días después, el doctor Ogston, amigo de su familia, le llamó para decirle que el trabajo que M. Murray podía ofrecerle no era el adecua-

do para él pero que el señor que estaba allí de visita le había sugerido podía tener algo que sí lo era y que volviera a casa de M. Murray. No entro en detalle de la entrevista, muy significativa ya respecto el futuro, y sólo diré que llegaron a un acuerdo de que Bruce serviría a Lawrence en «asuntos personales y altamente confidenciales para los que necesitaba un muchacho joven, fuerte y listo en quien se podía confiar», mediante un estipendio de tres libras a la semana. Durante algún tiempo le mandó pequeños encargos hasta que en el mes de julio le contó una historia que le trastornó grandemente. Le habló de su pasado familiar, con el temor de que proclamaran su ilegitimidad, le habló de las deudas que le presionaban y los apremios del banco. Que iba a escribir un libro para con sus beneficios pagarlas y retirarse a su región, pero que para escribirlo necesitaba un préstamo y para ello el banco le pedía una persona que le garantizase. Que había pensado en un tío suyo al cual había ido el dinero de su padre al morir y a quien llamaba «el Viejo». Su tío había aceptado, pero que como estaba muy disgustado por haber abandonado un puesto como el de la Oficina Colonial y sus tratos con los «condenados judíos», insultando a un obispo y al rey y otras cosas, le había llamado bastardo, que había arrastrado por los suelos el honor de la familia y que si quería la garantía tenía que ponerse incondicionalmente en sus manos y hacer lo que él le mandara. Esta conversación se prolongó varios días y poco a poco Lawrence le dio a entender a Bruce que su tío le había ordenado castigo físico y él iba a ser el encargado de llevarlo a cabo. No voy a seguir describiendo el modo como Lawrence convenció a Bruce, sino que éste durante varios años llevó a cabo los castigos que reseñó al *Sunday Times*, y para eso lo mejor es copiar la descripción citada del primer castigo; consistente en doce azotes con una vara de abedul:

«Se quedó con los pantalones puestos y se tendió en la cama. No murmuró una sola vez. Esto fue una desgracia. Este primero no fue en absoluto un castigo. De todos modos, él fue a ver al "Viejo" la misma tarde. El "Viejo" dijo que no había estado suficientemente bien y que los azotes debían ser con los pantalones bajados. Así que puse unas mantas sobre su espalda y dejé al descubierto sus pequeñas nalgas. Después de que le di los doce dijo: "Dame otro para suerte." Es repugnante. Las púas atravesaron la piel y quebrando los pequeños vasos sanguíneos sangró. Permaneció quieto rechinando los dientes. Nunca se movió. Era tan duro como un raíl. Cuando le azoté esta vez no vi otras cicatrices. Se fue derecho a ver al

"Viejo" de nuevo y volvió con los pulgares hacia arriba. Dijo: "Esto ha resultado." Lawrence me dio un sobre azul y dijo: "¡Gracias! Buen trabajo." No puedo recordar cuanto fue. No mucho. Unas pocas libras. Las compartí con Lawrence. Siempre compartía mi dinero con Lawrence. Si no, él diría que lo necesitaba para pagar una deuda.»

Más adelante, dice Bruce en su relato que hubo más gente que le azotó, porque el vio las huellas en su cuerpo y dice que intentó suicidarse, cuando pasado de la RAF al Cuerpo de Carros de Combate, por dificultades con sus superiores en la RAF, al darse a la publicidad que el coronel Lawrence estaba como simple soldado, quiso de nuevo volver a ésta. Consiguió volver, para el 26 de febrero de 1935 dejarla definitivamente, marchando a vivir a su retiro de Clouds Hill.

Desde este momento hasta su muerte, la sensación íntima principal que experimenta Lawrence es de vacío. Sus amigos importantes tratan de interesarle en asuntos que revivan su personalidad enferma. Rehúsa a los informadores que rodean su retiro atraídos por el brillo de su leyenda y hasta llega a dar un puñetazo a uno en un ojo. El se hace todo lo referente al cuidado de la casa y a su persona. Todo en el modo más simple para evitarse el máximo de trabajo. Le lacera el sentimiento de que nadie le necesita y le hayan abandonado sin estar gastado. Sin embargo, parece que lo único que desea es escribir un nuevo libro. Un día va al pueblo. A su vuelta a casa, de pronto, en la carretera, al llegar a lo alto de una colina, rápido, en su moto, aparecen dos muchachos en bicicleta. Un frenazo y un forzado desvío. Un muchacho se levanta herido, mientras su bicicleta da vueltas por la carretera. Lawrence queda con la cara aplastada contra el suelo, llena de sangre, y sin sentido. Seis días permanece en el hospital sin recobrar el conocimiento. El día 19 de mayo de 1935 muere. En la encuesta posterior no quedan suficientemente aclaradas las causas de su muerte. Hay quien piensa en suicidio. Nunca se sabrá. A su entierro y a sus funerales asisten la mayoría de sus amigos, grandes y bajos, desde el soldado Bradbury hasta Churchill y lord Lloyd. El rey Jorge V envía un mensaje de pésame a su hermano el profesor Lawrence:

«El nombre de su hermano vivirá en la historia y el rey reconoce con gratitud sus servicios distinguidos a su patria y siente que es trágico que haya venido el final, de este modo, a una vida tan llena todavía de promesas.»

FERNANDO FRADE